

# LA SERENIDAD PERDIDA

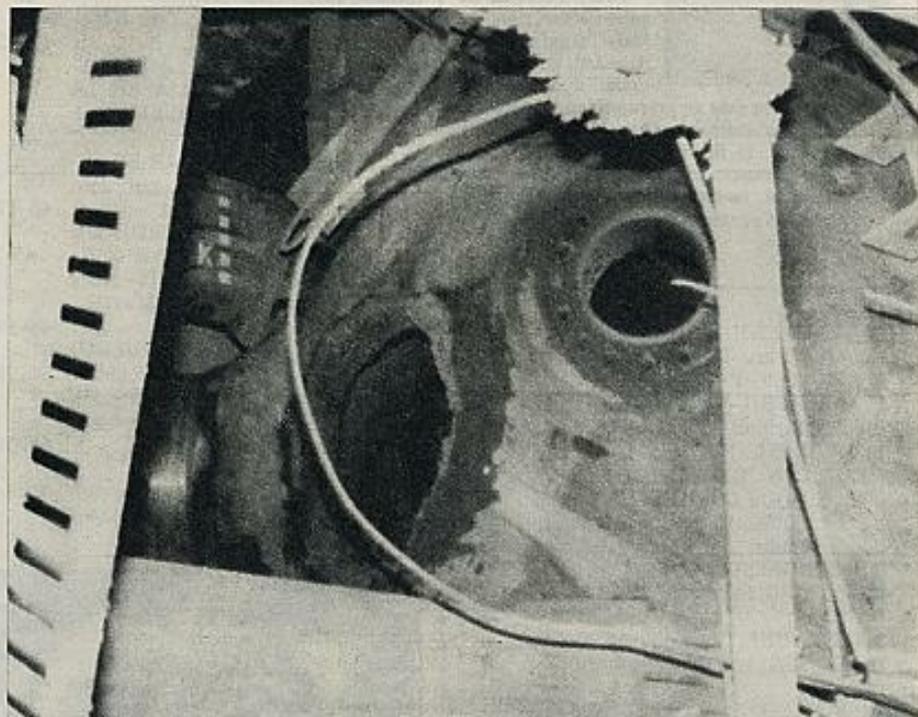
**E**STE país no se serena. Difícilmente nos lo puede reprochar nadie desde fuera, con ese desdén clásico y tópico por la tendencia española al desorden y a la muerte; difícilmente nos lo podemos reprochar nosotros mismos, con esas auto-criticas ya clásicas incluso en algunos de nuestros grandes escritores, porque todo lo que está pasando en torno nuestro está falto de serenidad. Pero tampoco ha de servirnos de consuelo. Más de una vez hemos señalado aquí el error de considerar nuestro tiempo y nuestra zona histórica como especialmente dados a la violencia: el más somero desprendimiento del miedo personal y actual, el vistazo objetivo que se pueda dar a la Historia y a la geografía del mundo, nos enseñan que no es así. Sólo en este siglo y en este continente se han conocido hechos como la revolución rusa y el imperio del fascismo y el nazismo, dos grandes guerras, numerosas revoluciones pequeñas, inmensas represiones, docenas de asesinatos políticos: campos de concentración, éxodos, terrorismos de la izquierda y de la derecha, disturbios callejeros, nacionalismos sangrientos —como el que condujo a la independencia de Irlanda—, movimientos profundos como el de París y el de Praga en 1968. Habría que relatar aquí toda la Historia para llegar a esa percepción. El corolario es éste: probablemente vivimos en la época menos violenta en años, en siglos. No nos consuela, no nos basta. La decepción se produce, probablemente, porque hemos ido produciendo un ideal pacifista: porque la violencia estaba antes considerada como un hecho natural en la vida del hombre, y se ha llegado al inmenso progreso de tenerla como algo que hay que desterrar. Lo que es notable y elogiable de nuestro tiempo es la supervivencia de ese espíritu, su instalación. Y lo que detestamos y no comprendemos bien es que, a pesar de ello, siguen existiendo hechos de violencia. Pero esta consideración optimista no nos consuela. La verdad es que este país no se serena. Y cada semana hay un inventario de crímenes. Del signo que sean. En la central de Lemóniz o en la prisión de Carabanchel. Con una filosofía larga, todo tiene su explicación, aunque no tenga su justificación. Y la explicación tampoco nos consuela.

**¿** qué hacer? Se sabe que hay dos posiciones clásicas. Podría ser una la que expresa el señor Fraga Iribarne ("ABC", 19 de marzo, "Ha comenzado la

tercera guerra mundial") cuando dice que "frente al desorden y la chulería en la calle hace falta una reacción ciudadana que ponga a raya a los piquetes y pandillas de cualquier motivación". La argumentación en que reposa es muy compartida por un sector amplio de la sociedad: crisis de valores morales y religiosos, debilidad en la autoridad, prisiones sin disciplina, jueces vacilantes... Defensa, por consiguiente, de toda la dureza: y no sólo de la posibilidad de la pena de muerte, sino su obligatorie-

y la obtención de azúcar de remolacha en suelo continental abriría una lucha económica con el algodón y el azúcar de caña que producían más baratos, con mano de obra esclavista, los americanos: los motivos humanitarios se añadieron después.

**F**RENTE a esa posición clásica de un orden determinado que requiere la fuerza —en tanto que poder absoluto, se emplee por el mecanismo político que se emplee— está la otra, la que apenas tiene un par de siglos: la que pretende que la convivencia en un país se organice sin verdugos ni víctimas, y que el reparto de las riquezas tenga otras vías; y al decir riquezas no se entiende solamente la de los bienes, la tierra o el dinero, sino unas formas de riqueza que son la dignidad y la independencia de cada uno y de la colecti-



La verdad es que este país no se serena: cada semana hay un inventario de crímenes. Del signo que sea. En la central de Lemóniz o en Carabanchel. En la foto: boquete producido en la central nuclear en construcción por el artefacto de "goma-dos".

dad. Ahorcar y en paz, viene a decir, como se hacía en tiempos de piratas y negreros. Y, a falta de autoridad, el movimiento ciudadano. Es una posición eterna de lo que llamamos la derecha, o el conservadurismo, que nace de una noción propia de ese grupo de "el orden". Esto es, de un orden determinado al que ellos llaman "el orden". Habría que entrar en largos razonamientos para explicar de qué nace ese orden, de qué sentido de la propiedad y de la economía. Por ejemplo, cuando se comenzó a ahorcar a los negreros, después de haber sido considerados ampliamente como personas de bien, fue porque la explotación del algodón egipcio por los ingleses

vidad a que pertenece. Sin repudiar las formas de autoridad, sin rehuir la responsabilidad de los asesinos, intenta que la creación del orden —de otro orden— trate de resolver los conflictos agudos. Es una posición de izquierda, que ha sido tachada continuamente de utópica y de irreal. Hay que preguntarse, a la vista de los acontecimientos, si la otra postura no es también utópica.

**D**ENTRO de la situación en que nos encontramos, la pérdida de la serenidad se está convirtiendo en el tema principal de la política. Lo cual produce, continuamente, una mayor pérdida de



Frente a la posición clásica de un orden determinado que requiere la fuerza, está la que pretende que la convivencia de un país se organice sin verdugos ni víctimas.

la serenidad. Es un círculo vicioso con una facultad multiplicadora. Hemos entrado en esta especie de "maelström" y no hay quien nos saque de él. Está dominando la política nacional. El Gobierno acude a unas medidas de represión y de prohibición rudas para cabalgar detrás del orden público y para mantener a raya a los que supone previamente violentos; al mismo tiempo, parece débil y con la autoridad degenerada para los que querían instalar la horca en

la plaza Mayor. Los partidos políticos de la oposición viven pendientes de su propio miedo, y apenas se atreven a configurar sus propios programas para la construcción del otro orden cuando se les vienen encima las amenazas y, peor aún que las amenazas, las denuncias de amenaza, los clamores de que pretenden guerra y sangre, de que son "los mismos" (acusación que hacen preferentemente, los que son "los mismos"). Los partidos de la derecha presentan a los ciudadanos —"sus" ciudadanos, que naturalmente en su lenguaje son "los" ciudadanos— como las víctimas propiciatorias, los que van a morir, los que van a arruinarse. Les incitan hacia la calle, como hace el señor Fraga en el párrafo transcrito antes, que tiene toda una gravedad ostensible multiplicada por sus párrafos posteriores: "Y no hay espera, porque ya estamos en guerra..." y si ellos perdieran esta guerra "si salvan la vida, serán esclavos, en todos los terribles sentidos de esta palabra". ¿Es posible que un hombre público como el señor Fraga no tenga noción de lo que supone este aserto? Sí, lo es, es consciente de que su artículo va a ser considerado "alarmista y lleno de exageración". "Sin embargo, como creo que se trata de una afirmación correcta, lo mantengo y voy a explicarlo", dice.

**E**l miedo, el alarmismo, la angustia de unos y otros por lo que otros y unos puedan hacerles, los fantasmas de la guerra civil, están minando todas las posibilidades de restablecer la serenidad. Con ese miedo, el Gobierno ha retrasado y sigue retrasando la Constitución y su refe-

réndum, las elecciones municipales, incluso sus compromisos del pacto de la Moncloa. Nos faltan las normas de vida, las normas de convivencia. Hay residuos del antiguo régimen. Podrán muchos españoles creer firmemente que el antiguo régimen era la mejor garantía, pero no puede creer nadie que se puede seguir gobernando sosteniendo al mismo tiempo residuos del viejo régimen y apuntes del nuevo. No se está gobernando. Se alteran medidas que para muchos pueden ser ukases, con tolerancias que para otros pueden ser caos.

**E**s el terrorismo el que está ganando la partida. Pero no sólo el terrorismo de una bomba o un ametrallamiento en una esquina, sino todo este terrorismo de fondo que consiste en la amenaza, en la espada de cualquier Damocles, en el miedo de todos los sectores de la vida nacional, en la desconfianza de unos por otros.

**E**s necesario que vuelva la serenidad. A la izquierda y a la derecha, a todos los sectores del país. No hay que escudarse en hechos de que en otros países ocurre lo mismo y aún peor —sin dejar de tener en cuenta que es así, y que hay causas profundas para ello—, ni que en cualquier tiempo pasado fue peor. Nuestra tarea, la de todos, es la de mantener la serenidad y olvidar todas nuestras posibilidades de amenaza y probablemente ese es el consenso que es posible, y no otros. El Gobierno tiene mucho que hacer, mucho que decir en este camino, que le interesa en primerísima medida. ■



Fraga Iribarne: "Poner a raya a los piquetes y pandillas de cualquier motivación".